

* * *

El 16 de Marzo volvió a ser interpretada con gran éxito en los Estados Unidos la Cantata de Navidad de Juan Orrego Salas. Actuó como solista en este concierto, que tuvo lugar en el Teatro Bijou de Knoxville, la contralto Teresa Orrego. La Knoxville Symphony Orchestra fué dirigida por David Van Vactor.

CONCIERTOS

TEMPORADA SINFONICA DE INVIERNO

La temporada de conciertos sinfónicos de este año se inició el Viernes 7 de Mayo, en el Teatro Municipal, bajo la dirección de Víctor Tevah, quien presentó un programa con obras de Schubert, Prokofieff y Wagner.

De Schubert se ejecutó la Cuarta Sinfonía en Si bemol, obra que no logra desprenderse de los moldes clásicos del género, dentro de los cuales el suave romanticismo que anima el estilo del músico vienés pierde mucho de su encanto. El arte de los breves poemas para canto y piano, entre los que Schubert legó tanta obra maestra, no logra, ciertamente, ser superado por el de sus construcciones sinfónicas en las que los desarrollos académicos atan a ojos vista, la inspiración de su autor. La versión de esta Sinfonía no logró tampoco destacar mucho sus méritos. Desigualdad y calidad poco cuidada de la sonoridad, debilitaron la ejecución, en la cual el primer movimiento fué lo más sobresaliente.

Muy otro fué el resultado obtenido en el Concierto N.º 3, para piano y orquesta de Sergio Prokofieff. Esta obra maestra de la música contemporánea, en que la fértil imaginación del músico ruso se despliega extensamente en medio de los más sorprendentes efectos de sonoridad, alcanzó una versión altamente estimable. Tevah y Hugo Fernández, que actuó como solista, lograron animar con justeza la composición de Prokofieff y resolver con éxito sus grandes dificultades.

Para Tevah no es problema animar el brillante despliegue orquestal de Wagner. Es un tipo de música que sabe manejar hábilmente con su temperamento vigoroso y su conocimiento del efecto orquestal. Los tres trozos seleccionados de esa bella ópera que es «Los Maestros Cantores», y que fueron «Preludio del Tercer Acto», «Danza de los Aprendices» y la «Entrada de los Maestros Cantores», alcanzaron una realización tan fogosa y dinámica como la precisaban.

El programa del segundo concierto, que fué dirigido igualmente por Víctor Tevah, ofreció la Octava Sinfonía de Beethoven, el Concierto para violoncello y orquesta de Eduardo Lalo, la Obertura Festiva de Juan Orrego Salas y el Divertimento para Orquesta de Jacques Ibert.

Un esfuerzo muy serio ha sido el cumplido por Tevah en la preparación y estudio de una sinfonía beethoveniana que interpretó este maestro por primera vez y con la cual amplía a tres su repertorio de sinfonías del maestro de Bonn. En líneas generales, la versión dada por el director chileno mantuvo un nivel estilístico notablemente justo. Tal vez un exceso de fogosidad se hiciera presente en algunos momentos, olvidando que esta obra posee características aisladas frente al grupo de obras que la rodean y que pertenecen a las últimas y más avanzadas producciones de Beethoven. En esta Sinfonía, como es sabido, un repunte jubiloso y sereno, grácilmente equilibrado, aparece en medio del dramatismo beethoveniano, que luego estallará en el mensaje enviado a la Humanidad en la Novena Sinfonía. Hubo también frecuentes desequilibrios de sonoridad, sobre todo en trompetas y timbales. Con todo, una demostración de los progresos logrados por Tevah en la dura carrera de director de orquesta.

Tan sólo el escaso repertorio existente en obras para violoncello y orquesta justificaría el que se programara, para ser ejecutado por un virtuoso de la talla de Bernard Michelin, el endeble concierto de Eduardo Lalo, cuya pobreza temática no logra ser animada ni aún con las frecuentes apelaciones a giros de la música española que, sin duda, gozaba de la admiración del autor de la tan zarandeada «Sinfonía Española» para violín y orquesta. El hecho fué que, hechas las salvedades indicadas, Michelin (a quien nos referimos en particular en el sitio correspondiente) logró salvar lo salvable en esa obra, gracias al juego asombroso de su técnica y su alto espíritu musical, capaz sin duda, de hacer florecer la maleza.

En primera audición se estrenó en seguida la «Obertura Festiva» del compositor chileno Juan Orrego, cuya obra tuvimos ocasión de calificar el año pasado como un aporte de significación al desenvolvimiento de un nuevo rumbo para nuestra música, después de conocer la Suite «Escenas de Cortes y Pastores» y de su «Cantata de Navidad». En esta «Obertura Festiva», Orrego despliega su indudable conocimiento del efecto orquestal y su bien asentada técnica de compositor, que le permite dar un juego ágil y suelto a su intención expresiva, que esta vez desea manifestarse alegremente. Tal intención está excelentemente lograda y la obra total respira una atmósfera jubilosa y movida, original en su espíritu como en su realización.

Como estreno se ofreció también el Divertimento de Ibert. Obra típica de aquel movimiento renovador y audaz que agitó la música francesa de la post guerra de 1918, desde el «Grupo de Los Seis». Ese ánimo irónico, de un optimismo y audacia con mucho de deportivo, campea como tónica de todo aquel grupo cuya influencia ha sido notoria en los creadores musicales del tiempo que vivimos. Un arte de perfiles netos, coloreados y ágiles es el de Ibert, y en este «Divertimento» se despliegan por igual su fantasía y su sólida técnica de orquestador a través de páginas resplandecientes de sonoridad. Tevah y la orquesta dieron una excelente y cuidada versión de esta obra.

En el tercer concierto correspondió la batuta al director chileno Juan Casanova Vicuña, quien ofreció versiones de la Primera Sinfonía de Beethoven, del Concierto en Sol, para piano y Orquesta de Saint Saëns, de los Valses Nobles y Sentimentales de Ravel, en primera audición, y de un grupo de obras suyas.

Juan Casanova no frecuenta las tareas de director de orquesta con la asiduidad necesaria. Tan complejo oficio necesita, sin duda, un entrenamiento constante, que Casanova no observa. No deja ello de ser sensible, pues sus cualidades musicales merecerían un mejor cultivo, sobre todo en este aspecto. Después de haber dirigido una orquesta de Buenos Aires y otra en París, ha llegado a Chile tal vez en mejores condiciones que en muchas otras ocasiones que le hemos apreciado. Esta vez presentó un programa memorizado, lo que es evidente demostración de un estudio concienzudo. Pero hay más en la tarea de recrear las ideas musicales de un Beethoven que la mera retención de sus momentos culminantes; esto es, la profundización de sus juegos temáticos, el mantenimiento de su variada gama de matices y el cuidado inflexible de su espíritu, presente por entero, aun en esta primera de sus obras orquestales. Y estos últimos aspectos, fuerza es decirlo, no estuvieron presentes en la versión de Casanova.

En el Concierto para piano de Saint Saëns, obra virtuosística y llena de efectismos, de un brillo superficial, plagado de dificultades de ejecución, la pianista húngara Margarita Laszloffy, residente desde hace poco entre nosotros, acreditó ser una ejecutante de relevantes condiciones técnicas, que mantuvo el dominio de su parte en todo momento.

Los Valses Nobles y Sentimentales, en su compleja versión orquestal, nos parecen excepcionalmente menos atrayentes que en su original escritura pianística. La complejidad orquestal con que Ravel reviste esa evocación del vals, algo cerebral y seca, no logra ser vitalizada sino a través de una dirección compenetrada profundamente en sus mil secretos y efectos instrumentales. Lo vago, áspero y poco comunicativo de estos vales, necesitaban, además, una batuta que avivara el espíritu del vals, su vuelo, su arrebato. No la hubo por desgracia esta vez.

Como compositor, Casanova nos ha dado obras finas y muy equilibradas en las que se unen hábilmente rasgos creados dentro del folklore chileno, trabajados con una técnica armónica y orquestal de ascendencia impresionista. En este concierto se ejecutaron tres de sus Escenas Chilenas, de las cuales poseen los mejores aciertos «Así es mi Tierra» y «El Huaso y el Indio», en las que se logra mayor movimiento y colorido, que en «Alegre la Tristeza y Triste el Vino», en la que el sostenimiento de los mismos recursos armónicos y de «ambiente» no evita cierta monotonía que tampoco logra ser interrumpida por algún suceso interesante, que en vano se hace esperar.

En el cuarto concierto sinfónico volvió Tevah al podium del director, presentando obras de Juan Cristián Bach, Domingo Santa Cruz y Ludwig van Beethoven. Por primera vez se ejecutaba entre

nosotros alguna obra sinfónica de los hijos de Juan Sebastián Bach. Juan Cristián fué aquél a quien cupo la señalada tarea histórica de tender un puente desde el barroco musical, que culminaba en su padre y el «estilo galante», al abrir las puertas hacia nuevas formas y estilos que lograrían plasmarse más tarde en el clasicismo de Viena. En la Sinfonía en Si bemol de Cristián Bach se hace presente un lenguaje de finos contornos y de exquisita gracia y liviandad. Mucho de lo que de la ópera bufa italiana supo, como él, trasladar a la música sinfónica el genio de Mozart, aparece también en esta sinfonía del llamado «Bach de Londres». Los atisbos de las futuras sinfonías mozartianas se insinúan con un arte fresco, de chispeante vitalidad.

Se estrenó a continuación la Primera Sinfonía, en Fa, de Domingo Santa Cruz. He aquí una obra fundamental para la producción contemporánea de la música chilena. Las características sobresalientes del arte de este compositor: complejidad de la elaboración temática, interés de la armonización y vigor rítmico de los temas, aparecen en esta obra integrando una vasta construcción sinfónica cuya elevación conceptual y cuya realización se corresponden con éxito definitivo. Los tres movimientos de la Sinfonía,—que como es de suponer, guardan el esquema clásico sólo en líneas generales, ya que Santa Cruz no desdeña ninguno de los aportes dados al arte de la composición por la música contemporánea,—tienen entre sí, una trabazón excelentemente conseguida. Si hubiera, sin embargo, que preferir alguno de ellos, nos inclinaríamos por el segundo movimiento, «Gravemente», donde el arte con que está realizado no elude comparación alguna con cualesquiera de los mejores trozos sinfónicos de la época actual. Es en realidad esta obra no sólo una aportación de primer orden para la música sinfónica chilena, dentro de la cual señala un rumbo, sino para todo el movimiento musical americano en el que entra a ocupar un sitio de los más destacados. Ella demuestra con elocuencia que la música chilena ha llegado indudablemente a la mayoría de edad y que en su contribución al arte sonoro de nuestros días emplea un lenguaje universal y moderno, asentado en sólidos conocimientos profesionales.

En la tercera parte, con Rosita Renard como solista, se ejecutó el Concierto en Sol mayor de Beethoven. La interpretación dada por la distinguida pianista chilena, fué, como siempre, una acabada muestra de su fina musicalidad y de su excelente técnica, que le permitieron cumplir su labor con expedición y justeza estilística. Haremos la sola salvedad del volumen de sonido, que evidentemente fué reducido a un límite en el que sólo con esfuerzo podía equilibrarlo la orquesta acompañante. Tanto en esta obra como en las anteriores, Víctor Tevah acreditó sus méritos indiscutibles de director e intérprete, que se vieron exaltados frente a las exigencias del programa.

En el Quinto Concierto de la temporada reapareció ante nuestra Orquesta Sinfónica el eminente maestro alemán Hermann Scherchen, quien durante su visita del año último impusiera su intere-

sante personalidad artística con el estreno de obras modernas y, asimismo, con su versión de «El Arte de la Fuga» de J. S. Bach.

En el primer concierto entregado a su personalidad, Scherchen ejecutó obras de Verdi, Mozart y Prokofieff. Se inició el programa con la Obertura de «Juana de Arco», una de las óperas de la primera época del maestro italiano, que a través de la versión dada por Scherchen demostró estar escrita con aciertos estilísticos, a través de los cuales aparece un Verdi por cierto muy diverso del que año a año nos presentan las sempiternas «Traviatas» y «Trovadores», que a fuerza de repetirse casi han borrado en el público la apreciación real del arte de este músico a quien se deben excelentes páginas orquestales, además del Requiem y el Cuarteto de Cuerdas.

La Sinfonía N.º 41 de Mozart, conocida con el nombre de «Júpiter» se ejecutó a continuación. Las bellezas contenidas en esta obra de madurez del genio mozartiano, en la que se alían un contenido expresivo intensamente dramático y una complejidad de recursos formales magistralmente utilizados, alcanzaron, a nuestro modo de ver, una ejecución completamente digna de ellas. En general, la calidad sonora del conjunto dejó mucho que desear y fué sensible en el último movimiento (formalmente, el de mayor interés) una notoria imprecisión en las entradas y en el fraseo, lo que desarticuló la construcción total. Los movimientos anteriores se mantuvieron en un nivel de corrección, siendo claramente expuestos aunque sin mayor vibración emotiva. Parecía como que no existiera todavía la debida relación entre el conjunto y la dirección del maestro visitante.

Mucho mejor fué el resultado obtenido con la Quinta Sinfonía de Sergio Prokofieff (1944) que se estrenó a continuación. El músico ruso dedicó esta composición «A la grandeza del espíritu humano». Es una obra de vastas proporciones y sin duda que pertenece a lo mejor surgido del genio de su autor. El complejo problema que significa decir algo nuevo en el marco de la forma sinfónica, aparece resuelto en esta obra con una manifestación amplísima de la riqueza de recursos que posee este músico. Prokofieff dice su mensaje con un lenguaje de gran profundidad expresiva que da un carácter austero y casi meditativo a la obra, en la cual tan sólo ocasionalmente se encuentran rasgos del Prokofieff común, el de los sorprendentes efectos orquestales y de euforia rítmica. El ambiente general de esta obra, maciza y vigorosa, acusa una magnificencia estilística que la señala en lugar predominante en el panorama musical contemporáneo. La versión dada a ella por Scherchen, fué, pese a la densidad de la obra, excelentemente lograda.

RECITAL DE JACQUES THIBAUD

En el mes de Abril se presentó nuevamente ante nuestro público, después de más de diez años de ausencia, el violinista francés Jacques Thibaud, acompañado por el pianista Marinus Flipse.

En el programa de su concierto el violinista francés ofreció versiones de la Sonata en La de César Franck y del Concierto en

Sol mayor, de Mozart, como obras principales, aparte de los consabidos números cortos que incluyeron música de Saint Saëns, Debussy, Brahms y Manuel de Falla.

En Thibaud encontramos que es la depuración de su temperamento, la fineza de relieves dada a la ejecución, animada por una musicalidad innata, lo que es más digno de destacar. No busquemos en él el brillo de un virtuoso altisonante—en el que muchos quisieran ver convertido a cuanto solista escuchan—sino al mesurado y preciso ejecutante de música de cámara, especialidad en la que, como es sabido, Thibaud, Cortot y Casals han dejado interpretaciones inmejorables y afortunadamente grabadas.

Por ello, recordamos especialmente la bella calidad de su sonido, y la justeza de su fraseo, antes que preocuparnos de una que otra momentánea caída, en la expedición para desarrollar tal o cual pasaje virtuosístico, elemento éste, en el que los años vividos tienen una influencia inevitable. Lo fundamental de su arte de violinista y de músico quedó de manifiesto en la Sonata de Franck y sobre todo en el Concierto de Mozart, en el que acusó una fineza sonora de legítima calidad. Asimismo, en la tercera parte de su programa, la «Habanera» de Saint Saëns y el arreglo del «Vals en La bemol» de Brahms impresionaron muy gratamente al auditorio que aplaudió al artista francés solicitándole varios números extra.

BERNARD MICHELIN

Pocas veces un artista ha logrado imponerse tan rápida y efectivamente en nuestro medio como el cellista Bernard Michelin. Sus dotes de ejecutante y de intérprete recibieron el reconocimiento instantáneo del público, que ahora volvió a renovarse en su visita a Chile, realizada en Mayo.

En el caso de Michelin se dan cita condiciones técnicas excepcionales, que hacen para él inexistentes los más complicados pasajes de mecanismo y, al mismo tiempo, condiciones musicales de primer orden, entre las cuales la belleza del sonido y la justeza de la interpretación se suman a la fogosidad de su temperamento. Estas cualidades, sorprendentes en un artista en plena juventud, aparecieron ahora en un nivel de perfeccionamiento evidente. Por ello, sus conciertos lograron despertar un entusiasmo merecido, pues son muy pocas las oportunidades en que se ha logrado apreciar la música escrita para cello, con mayor interés artístico y, sobre todo, libre de toda preocupación por aquellos obstáculos que la difícil técnica del instrumento suele hacer presente, y que dañan el rendimiento artístico. La música surge, por decirlo así, sola del instrumento.

En tales condiciones, recordamos de su primer concierto lo exquisito de la versión dada por Michelin a una Suite de Pergolesi; la propiedad estilística y la calidad expresiva de la Sonata en La de Beethoven y la depurada musicalidad y seguridad de mecanismo dada en el Adagio y Allegro de Boccherini. Y esa misma musicalidad que vitalizaba aquellas obras de un orden superior, fué la que supo animar también algunas páginas virtuosísticas y muy insustanciales

que figuraban en su programa. El público recibió a Michelin con entusiasmo, que se mantuvo en cada uno de sus conciertos. En su trabajo artístico justo es destacar el papel jugado por su acompañante, el pianista Nicolás Astrinidis, un músico joven de indiscutibles condiciones, que fué factor de toda eficiencia.

SIGI WEISENBERG

La afición musical santiaguina se sintió repentinamente estremecida por la presencia del joven pianista palestino Sigi Weisenberg. Llegaba a Chile por primera vez este joven artista de diecinueve años, sin mayor cartel que las noticias, siempre bombásticas, dadas por la correspondiente agencia de conciertos.

Y no le faltaba razón para su asombro al versátil público musical santiaguino, pues, desde Rubinstein acá, no se había aquilatado tan formidable dominio del mecanismo pianístico. Es realmente excepcional la facilidad de Weisenberg para descifrar aquellos pasajes «di bravura» que suelen asilarse con frecuencia en la literatura pianística. Es igualmente excepcional su resistencia física ante tales esfuerzos, pues después de su programa ordinario hubo veces en que fueron diez los extra solicitados e inmediatamente concedidos.

Claro está que este entusiasmo contagioso por el indudable brillo de la ejecución no se detenía mucho en considerar si en el terreno interpretativo las cosas andaban igualmente bien. Esto forma parte de la antipática labor del crítico, que siempre tiene que ahogar en agua fría la euforia del público. Y tenemos que decir que a Weisenberg le falta todavía mucho estudio y profundización de las obras que tiene en su repertorio. Aquellas que mantenían una correspondencia más directa entre su temperamento natural y su habilidad de mecanismo (Sonata de Liszt), lograron una interpretación equilibrada. Pero las Sonatas de Chopin, con su romanticismo de mayor intimidad y de perfiles más sutiles, quedaron en un plano exterior, como asimismo fué lo ocurrido con la versión pianística de la Chacona de J. S. Bach, en que primó lo virtuosístico antes que su inseparable espiritualidad.

Es, sin embargo, este joven artista un pianista que dará que hablar andando los años, sobre todo si con ellos madura su posición de intérprete, hasta ahora abandonada en aras de una fiereza «quiebra pianos» que, no por despertar en nuestro público emociones deportivas, es menos peligrosa para la música. Valga como testimonio de esto el que la sombra de Rubinstein parecía proyectarse sobre el Municipal cuando entre atronadoras exclamaciones de entusiasmo, se volvió a escuchar el grito de batalla de nuestros dilettantes: «¡La polonesa...!»

GASPAR CASSADO

Un único concierto ofreció entre nosotros el destacado cellista catalán Gaspar Cassadó. Ofreció en él un programa de extraordinaria calidad en que se incluía una Sonata de Haydn y otra de Brahms,

aparte de obras de Respighi, Debussy, Ravel, Granados, y del propio Cassadó.

Existe ya, podríamos decir, una «escuela catalana del violoncello» en la que, como cabeza directora, vemos aparecer la venerable efigie de Pablo Casals. Los que como Cassadó se han formado a su lado, conservan algunas de las características de estilo del maestro y, en este caso, sobresale, de una parte, la seriedad del programa y su consciente ejecución, y por otra, algunas modalidades de técnica, entre las que se destaca más que ninguna, la búsqueda de un sonido grande, de vigor y brillantez extremadas. Cassadó cambió en su instrumento, para lograr ese sonido, el cordaje, y también las crines de su arco, reemplazándolas por cuerdas e hilos metálicos. No favorece el cambio, desde el punto de vista artístico, evidentemente, pues la sonoridad es artificial y la afinación a menudo insegura, aparte de que la calidad del sonido se pierde entre ásperos frotamientos.

En su concierto, Cassadó dejó ver que es un intérprete de serias modalidades. Las Sonatas de Haydn y Brahms lo atestiguan elocuentemente, pues fueron expuestas con entera propiedad estilística. «Adagio» de Respighi e «Intermezzo» de Debussy, fueron obras nuevas que también alcanzaron en Cassadó un intérprete seguro y musical. Colaboró con Cassadó el pianista Erwin Herbst, artista de cualidades musicales por completo a tono con las del solista.

DANIEL QUIROGA NOVOA.

OTROS CONCIERTOS

El Coro de Viña del Mar, entusiasta agrupación artística que dirige la joven compositora Silvia Soublette, realizó una presentación auspiciada por el Instituto de Extensión Musical, en el Teatro Municipal el 17 de Mayo. Este conjunto de voces mixtas presentó un atrayente programa en el que se incluían obras de autores anónimos del siglo XV, de Morley y J. S. Bach, en la primera parte, continuando en la tercera parte con composiciones de Letelier, Silvia Soublette y Darius Milhaud. La sección central del programa estuvo a cargo del Cuarteto Vocal formado por Silvia Soublette, Blanca Valdés, Teresa Villanueva y Mercedes Garretón, quienes cantaron lieder para ese tipo de conjunto, escritos por Schumann y Brahms.

Pese a que este conjunto mixto tiene corta existencia y a que todavía no han sido resueltos algunos problemas de equilibrio sonoro entre los grupos vocales, en líneas generales su actuación fué artísticamente muy estimable. Es cierto que en el programa había obras de dificultad superior al rendimiento de un coro de simple afición, pero, con todo, quedó en claro que su preocupación por el cultivo de la música de calidad es, a todas luces, serio y bien orientado.

El Cuarteto Vocal realizó por su parte versiones muy cuidadas y musicalmente correctas de las interesantes composiciones a su cargo.

En el Teatro Municipal se presentó el pianista Rudy Lehmann, apreciado profesor de piano y actual profesor de nuestro Conservatorio Nacional. En un programa que comprendía obras de Brahms, Beethoven, Bach, Chopin y Orrego, Lehmann demostró sus cualidades musicales que le permitieron exponer con claridad las bellezas contenidas en obras de tanto alcance como las 32 Variaciones en Do Menor, de Beethoven, Preludios y Fugas de Bach y dos Intermezzos de Brahms. De Juan Orrego ejecutó «Variaciones sobre un Pregón», integrando así con una obra nacional un programa que desarrolló con mesura y fina musicalidad, si bien su temperamento y mecanismo no le permiten el juego brillante y grandilocuente que precisan algunos autores para interpretar su complejo y apasionado lenguaje.

* * *

En la Sala de Audiciones del Ministerio de Educación ofreció un concierto la joven pianista Eliana Valle, con un programa de responsabilidad, que incluía obras de Paradisi, Haendel, Beethoven, Schumann, Santa Cruz y otros autores. Esta joven artista cuya constante labor como acompañante le ha valido un sólido prestigio artístico, supo mantener, actuando como solista, las cualidades que le han sido unánimemente reconocidas. Pureza del sonido y fácil mecanismo, unidos a una fina sensibilidad, le permitieron sacar partido de las obras de su bien escogido programa, entre las cuales, las de Paradisi, Haendel y Schumann tuvieron un mejor realce.

* * *

En la misma Sala, ofreció un concierto, el 31 de Mayo, la violinista Magdalena Otvös Werner, acompañada por el pianista Germán Kock. Ejecutando en violín y viola, la joven artista húngara presentó una Sonata de Haendel y el Concierto en Si menor para viola del mismo autor, además de una Sonata de Beethoven y composiciones de Brahms y otros autores.

Magdalena Otvös ha conseguido destacarse en nuestro ambiente por sus buenas condiciones de ejecutante, pues posee un sonido brillante y vigoroso y una depurada musicalidad. En este concierto puso de relieve estas condiciones. Sin embargo, es necesario que esta artista busque la ampliación de su repertorio hacia otros autores, especialmente modernos, pues sus programas casi siempre tienen una limitación estilística que se hace necesario superar.

* * *

La contralto Elba Fuentes, de vasta y reconocida actuación en el campo de la ópera y de la música de cámara, ofreció un concierto en el Teatro Municipal a fines de Mayo. En un programa muy extenso y que comprendía autores de las diversas épocas de la música, supo manifestarse como una cantante cuya cálida voz, de hermoso

timbre, puede lograr interpretaciones muy serias. Posiblemente dañe un tanto su actuación cierta uniformidad expresiva al encarar los diversos estilos, que resienten el carácter propio de cada autor. Con todo, este concierto destaca a Elba Fuentes como una artista en franco progreso de sus facultades. Es también plausible el interés por presentar obras de autores chilenos.

D. Q. N.

ACTIVIDADES AMERICANAS

ARGENTINA

La Orquesta Sinfónica del Teatro Colón ha inaugurado brillantemente su temporada de este año, con siete conciertos a cargo del famoso director alemán Wilhelm Furtwaengler. Otros directores invitados de la temporada serán los maestros norteamericanos John Barbirolli y Leopoldo Stokowsky y el francés Paul Paray.

Se encuentra en Buenos Aires después de una triunfal jira por Cuba y México, el director argentino Juan José Castro. Dirigirá en Buenos Aires una serie de conciertos con la Orquesta de la Asociación Filarmónica, terminados los cuales partirá al Uruguay para actuar con la Orquesta Sinfónica del Sodre de Montevideo.

Bajo la dirección de Erico Thiebes se ha formado en la capital argentina la Orquesta Clásica Buenos Aires. El conjunto está formado exclusivamente por músicos aficionados y en el programa de sus actividades se procurará ante todo la versión de obras injustamente olvidadas en el repertorio sinfónico clásico.

* * *

El nuevo director del Teatro Colón, maestro Ferruccio Calusio, ha dispuesto un interesante programa de actividades para el citado coliseo durante el presente año. Se ofrecerán los estrenos de «Armida» de Gluck, «Dafne» de Richard Strauss y «Juana de Arco en la pira» de Honegger. Otras óperas consultadas son: «Don Carlos» de Verdi, «Der Freischütz» de Weber, «Las Bodas de Fígaro» y «Cosi fan tutte» de Mozart, «Tristán e Iseo» y «El Ocaso de los Dioses» de Wagner, «Mefistófeles» de Boito y «El Príncipe Igor» de Borodin. En estas representaciones, la Orquesta del Colón será dirigida por Clemens Krausse, Erick Kleiber, Ferruccio Calusio y Héctor Panizza. Entre los cantantes de fama mundial figuran: Kirsten Flagstad, Hans Hotter, Ludwig Weber, Lidia Kindermann, María Caniglia Beniamino Gigli, etc.

* * *

La Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires ofreció un extraordinario Festival Monteverde. El programa pre-